

AUTORES Y LIBROS

Escamondando la "fabla"

Fernando González-Urizar ha publicado otro libro: "Saber del corazón" (Ediciones Mar del Plata, Santiago, 1992). Aquí, en la página 42, el poeta escribe: "Poco sé de la vida, y la amo tanto./ Misteriosa, su cara me sonríe./ Entre seres y cosas, me hago anciano./ por sus galas y brumas entristezco..." Hay una infinidad de versos para copiar, para meditar, para rumiar. Tiene fama González-Urizar de ocuparse de los vuelos íntimos del idioma. Su español, su castellano, le sabe a miel. Le saca el jugo. A simple vista se cree que reedita metros clásicos, formas ya bruladas por el tiempo. Va más lejos. Dejándose acariciar por la entidad secreta, misteriosa, de la palabra, hace de ella un instrumento contra la vejez: "Poco sé de la vida, y la amo tanto./ Misteriosa, su cara me sonríe./ Entre seres y cosas, me hago anciano./ por sus galas y brumas entristezco..." Pero donde este detalle del trato con el hueso del lenguaje resulta más que ilustrativo es en los poemas titulados "Araca, corazón, que está la javie" y "Escamondar la fabla" (páginas 45 y 47, respectivamente). Avive el seso y despierte ante la significación inmediata de "Araca, corazón, que está la javie". En su primera estrofa el poema dice así: "No finjas descreer, mira sus lágrimas,/ araca, corazón, que está la javie/ sufriendo por los tiros que le apuntan/ a su fe de radiante carbonera!" Sin desconyuntamiento por fuera, González-Urizar descoyunta por dentro. Y si no descoyunta, sorprende. Y de qué manera sorprende. "Araca", "javie". ¿Con qué vocablos nos las habemos? En un tango alufardado de Gardel creemos recordar la voz "araca". Nuestro diccionario es pobre. No recoge expresiones muy cultivadas del habla popular hispano-

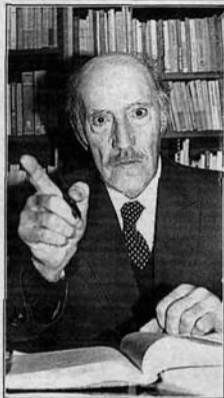
americana. Y de "javie" se sabe, salvo error u omisión, que es "vieja" al revés, mecanismo también de priva en el ámbito popular argentino. En suma, el poeta querría significar que hay que poner atención porque la señora está presente.

Tal experimento lingüístico es rarísimo en la poesía chilena, donde los innovadores prefieren "experimentar" de otra manera. Por lo general, el poeta de Chile es reactivo a la conquista del diccionario; cree que rechazando el diccionario rechaza lo libresco, es decir, el embotellamiento de la existencia. No sé si a González-Urizar, sobre quien pesa el mito o prurito de las sonoridades de la lengua madre, se le ha reconocido el mérito que entraña el manejo "irisador" del vocablo. Por lo demás, el propio poeta se anticipa, en "Escamondar la fabla", a exponer su sistema: "Talar, podar, limpiar,/ escamondar la fabla./ Decir sólo lo justo y necesario/ del honor que nos tiembla,/ lo que grita/ como boca voraz o sed intensa... Ir en cueros de vanas fruslerías,/ desnudos de oropeles, como un ángel/ a la cita del hombre con su espíritu..."

En "Saber del corazón" González-Urizar escamonda a fondo. El libro expone, como pocos, los valores peculiares de su sistema.

"RECUERDOS DE 30 AÑOS"

En sus "Recuerdos de 30 años", libro hermoso entre los mejores, en que don José Zapiola cuenta cómo era Chile durante los albores de la Independencia, se lee que, entonces, "en cuanto a libros, si se exceptúa el catecismo, cada uno se ejercitaba para la lectura en el que podía proporcionarse. Los im-



Fernando González-Urizar se ocupa —una vez más— de los vuelos íntimos de nuestro idioma.

dre de los célebres periodistas Justo y Domingo Arteaga Alemparte), nos arreglamos para comprar «El origen de los cultos» (compendio) en 12 pesos, dando cada uno la mitad. Las obras inmundas de Pigault, Lebrun, Parny, etc., no eran más baratas. Rousseau dice: «Plutarco es mi hombre». Nosotros podíamos decir entonces: «Rousseau es el nuestro».

A partir de los días descritos por Zapiola, en virtud de los esfuerzos de oportunos humanistas y letrados del siglo XIX, el libro toma briosamente el carácter de un poder social. En efecto, hay instantes en que se le ama y se le teme. Enfatizando esta situación, vemos en un libro autobiográfico de don Domingo Faustino Sarmiento el cuadro que sigue: "Por las mañanas, después de barrida la tienda, yo estaba leyendo, y una señora Lora pasaba para la iglesia o volvía de ella, y sus ojos tropezaban siempre, día a día, más a más, con este niño, inmóvil, insensible a toda perturbación, sus ojos fijos sobre un libro, por lo que, meneando la cabeza, decía en su casa: «Este mocito no debe ser bueno! ¡Si fueran buenos los libros, no los leería con tanto ahínco!»"

El libro ha afrontado las mayores turbulencias de la historia y ha sobrevivido. Ahora enfrenta la turbulencia de la revolución informática, en que en un momento la computadora y la pantalla de la televisión han parecido desplazarlo.

No. El libro es otra cosa. La tradición del humanismo clásico se guarda, incólume, entre sus páginas.